

## Las Salvajes en Puente San Gil: ¿Dónde está la jauría?

Entre la aparente procacidad y el descoque más inocente, una descubre un nido sobre el escenario y otra llora por que quiso dar un caramelo a un niño y salió corriendo. Ellas son las salvajes, las impúdicas, las censuradas por el bien establecido. Un escenario como escenario y unas mujeres como ejemplo de una forma de vivir o de sobrevivir en una España ácida y espionosa, que no es del todo descabellado desempolvar, tanto para ver su legajo histórico como para aleccionarnos con su fabulilla.

Si ya rodaron las palabras y las cabezas en aquel estreno primero de la obra en Madrid, no es hora hoy de repetirlas. Algo ha cambiado en este gran ecosistema ibérico para que la obra dispute su vigencia y la noche del estreno fuesen ralas las colas ante taquilla y cómoda la estancia en el patio de butacas. Puede hacerse una perifrasis de la moraleza, puede sustituirse el poder eclesiástico por la disciplina de partido, puede parangonarse la inquisición velada de la posguerra por la intransigencia política de algunos nuestros días. Pero el texto de Recuerda se ha mantenido co-

recto, diciendo lo que dice y mostrando algo más universal que oportunista. La circunstancia puede ser daguerrotipo de una época pero el fondo es aguafuerte imperecedero de la naturaleza humana.

La mano directriz de la obra ha querido ver una gran ola de furor que va y que viene. En su lomo, todo es fuerza y dramatismo, todo rebelión e incompreensión. La violencia y la muerte acechan en el sórdido escenario y los seres humanos parecen roedores atrapados en las cuatro paredes de un teatro sin saber que el Teatro les dará la libertad. En su cuna hay diversión y desenfado, actitud candorosa ante la vida. El colorido de esa magnífica entrada de la compañía y la parsimonia de un teatro calmo, al estilo de un Miller o un Willians, donde importa más el decurso que el discurso.

Difícil y arriesgada la escenografía y no menos la interpretación. Recuerda ha tratado casi con igual delicadeza a todos su personajes pero unos lo han seducido más que otros y es labor de estas estupendas actrices matizar los brillos de unos y realzar las capacidades de



JUAN ORTIZ

A lo largo de este fin de semana se puede contemplar en el Isabel la Católica la obra de teatro de Martín Recuerda «Las Salvajes en Puente San Gil».

otros. El resultado está plagado de calidad, tanto cuando hay que comerse el melón o afeitarse las piernas, como cuando hay que gritar amargamente o maldecir a esa jauría de señoritos que amarran en el casino y bogan hacia cualquier prostíbulo forastero. Incluso el ribete de esperpento, la mueca racista, el meollo de ternura tienen su momento en esta obra.

No hay lucimientos estelares. Todas brillan por igual en la galaxia de Martín Recuerda y

al verles por el telescopio de Angel Cobo a todas se las termina amando un poco. Aurora Bautista luce el temperamento que domina como nadie y hace uso de una vis cómica que le suele ser desconocida. Amparo López refleja bien la rebelión de Rosita aunque en su escena final minorice su mimo hacia ese objeto simbólico que fue su vestido rosa. Todas las demás forman un solo personaje plausible en cada una de sus facetas y en un segundo plano los per-

sonajes masculinos dando réplicas oportunas.

Ambientación ajustada y correcto diseño de efectos. Lo imperecedero queda como diálogo intemporal, que lo mismo puede ambientarse en una cárcel de mujeres que en un escenario de nuestros días. Lo cronológico queda como documento de una época en que todo lo que veían los españoles tenía que pasar por los despachos de un Ministerio llamado de Información y Turismo.

Andrés MOLINARI